

## BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN, PORQUE VERÁN A DIOS

**Introducción.** En este tiempo de «coronavirus» que nos está haciendo a todos aprender a **«Nacer de nuevo»** (Jn 3, 3), al aprovechamiento del tiempo, a la creatividad, al intentar cuidar de las relaciones, también la palabra de Dios nos sigue acompañando con una nueva bienaventuranza: los limpios de corazón. Las recomendaciones sanitarias, nos repiten y recuerdan una y otra vez en la importancia de la limpieza, sobre todo de las manos. El uso frecuente del agua, de jabón, del gel desinfectante, para evitar el contacto con el virus y el poderlo propagar. Y en la vida espiritual la limpieza de corazón sigue siendo igual de urgente y de vital. La limpieza del corazón está relacionada con la mirada que tenemos sobre los demás, sobre nosotros mismos y sobre Dios. Limpieza de corazón y pureza están muy asociados. Son la fuente de la alegría, la alegría verdadera que tiene mucho que ver, no sólo con la realización de los deseos, sino con su dilatación, con la posesión de deseos gigantes que tiran hacia delante de nuestras esperanzas, y llenan de vida nuestra espera. Es la invitación a situarse frente a cada día desde la misma posición que se sitúa Jesús. El gran limpio de corazón.

**Lo que Dios nos dice.** *«Entonces unos fariseos y letrados de Jerusalén se acercaron a Jesús y le preguntaron: ¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los mayores? Pues no se lavan las manos antes de comer. Él les respondió: ¿Y por qué vosotros quebrantáis el precepto de Dios en nombre de vuestra tradición? Y así en nombre de vuestra tradición invalidáis el precepto de Dios. ¡Hipócritas! Qué bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; el culto que me dan es inútil, pues la doctrina que enseñan son preceptos humanos. Y llamando a la gente, les dijo: Escuchad y atended: No contamina al hombre lo que entra por la boca, sino lo que sale de ella; eso es lo que realmente contamina al hombre. Dejadlos: son ciegos y guías de ciegos. Y, si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en un hoyo»* (Mt 15,1-14).

La limpieza la debemos buscar en la distancia que va, de la mirada al corazón. En la mirada es donde nos jugamos la luz, la pureza, la inocencia, la novedad. O por el contrario el prejuicio, la sospecha, la crítica y la indiferencia. Esto de «la pureza del corazón» suena, si no se entiende bien, más a represión que a expansión de los deseos. Cuando a algo lo llamamos puro, es que no está adulterado ni es un sucedáneo. Hablar de pureza, antes que de moralidad estamos refiriéndonos a autenticidad. Lo puro es valioso, no está manipulado, es como lo encontramos en la naturaleza y las manos del hombre no lo han intervenido. La pureza en nuestra relación con Dios es sinónimo de limpieza. Es situarnos frente a Dios con la confianza con la que nuestros primeros padres, caminaban con Dios por el Edén a la hora de la brisa. Con una desnudez aceptada y reconciliada, que en absoluto es causa de vergüenza. La pureza de la relación con los demás, en la que no vemos enemigos, rivales, contrincantes, sino hermanos. La pureza con nosotros mismos, sería semejante a la primera vez que descubrimos lo amados y llamados que somos por parte de Jesús.

*«María estaba frente al sepulcro, afuera, llorando. Llorosa se inclinó hacia el sepulcro y ve dos ángeles vestidos de blanco, sentados: uno a la cabecera y otro a los pies de donde había estado el cadáver de Jesús. Le dicen: Mujer, ¿por qué lloras? Responde: Porque se han llevado a mi señor y no sé dónde lo han puesto. Al decir esto, se dio media vuelta y ve a Jesús de pie; pero no lo reconoció. Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, tomándolo por el hortelano, le dice: Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo. Jesús le dice: ¡María! Ella se vuelve y le dice en hebreo: Rabbuni que significa maestro. Le dice Jesús: Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios. María Magdalena fue a anunciar a los discípulos: He visto al Señor y me ha dicho esto»* (Jn 20,11-18).

La pureza del corazón es un deseo del ser humano, ya desde el antiguo. De anclar nuestras vidas en la verdad y no en las apariencias. El deseo penetrante que trasmite el grito del salmista: **«¡Oh Dios, crea en mí un corazón puro!»** (Sal 51,10). Este énfasis procede, en primer lugar, de la mención del corazón, que, para la Biblia, es el centro de la persona, sede de los afectos, emociones, deseos, de sus opciones y decisiones. Pero el corazón, además, dice referencia a la esencia personal y relacional del sujeto, por ello, es también sede de la intimidad e identidad personal, de su más profunda verdad. El término griego utilizado en el evangelio es *katharoi* (limpios, puros). Pues bien, de estos “limpios de corazón” lo que se afirma es que “verán a Dios”.

**Cómo podemos vivirlo.** Ver a Dios es signo de la salvación definitiva. Ver a Dios, es el deseo del santo a lo largo de toda la Biblia. Esta nostalgia atraviesa todo: ¡muéstranos tu rostro! ¡Cuándo veré tu rostro! ¡No me escondas tu rostro! (Sal 101; 79; 26, Ex 33,18, etc.) y el NT la prolonga en esta bienaventuranza (Mt 5, 8). **«Ahora vemos por un espejo, confusamente, entonces, veremos cara a cara. Ahora conozco a medias, entonces conoceré como soy conocido».** (1Cor 13,12).